

(de una novela a punto de edición)

Antonio Oria de Rueda (M)

En esta sociedad tan rara que hemos construido entre todos, tratamos a los adolescentes siguiendo el modelo TTT. Los miramos como si fuesen tontos, torpes y taraos. Los tratamos de este mismo modo y, finalmente, como las personas acabamos convirtiéndonos en aquello que se espera de nosotros, en su relación con el mundo de los adultos, nuestros adolescentes se comportan como taraos, torpes, tontos.

Cuando tú le dices a un ser humano, abre el libro por la página doscientos cincuenta y me subrayas desde “Felipe II” hasta “la batalla de Aljubarrota”, le estás diciendo muchas cosas; vamos a señalar unas cuantas: 1.- eres tonto, porque no sabes extraer tú solo la idea principal de un texto; 2.- eres torpe, porque no te das cuenta de que es absurdamente inútil que yo te obligue a memorizar ese texto malo y carente de sentido que alguien ha escrito para tu profesor y que olvidarás enseguida, y eres torpe, porque lo único que sabes hacer con esa pieza de información es aprendértela

de memoria; y 3.- eres un tarao, porque aceptas de buen grado sentarte en una silla durante seis horas seguidas en las que no has aprendido nada que tenga valor, ni para tí, ni para nadie.

Al fin y al cabo, la adolescencia es ese periodo enigmático de la vida de un niño en el que se le pide que deje de ser un niño y se le exige que se acostumbre a trabajar en tareas tristes y de modos aburridos, a aceptar acriticamente todo lo que proceda del poder y a aparentar que, además, todo eso le parece de perlas. Y si el niño se resiste a entrar por el aro, se le diagnostica TDAH [trastorno por déficit de atención e hiperactividad], se le lleva a un tribunal de menores y/o se le castiga, se le expulsa, se le marginaliza, hay mil modos, no te esfuerzas.

Cuando un chaval, en Valdelageve, recoge las piedras del erial donde hay que plantar la cosecha para la vida de la familia, y alguien dice a la tarde, en la plaza, “Míralo, trabaja como un hombre”, eso no quiere decir que trabaje las mismas horas o en las mismas condiciones, sino que sabe trabajar como uno más. Y escucha eso, y se viene arriba. Y sabe que puede ocuparse de su parte en la economía de la familia. Nadie va a asociar eso al trabajo infantil esclavo. Y todo el mundo se va a dar cuenta de que esa persona no es tonta. No tiene nada de torpe. Está en equilibrio consigo mismo, con la naturaleza y con el pueblo que lo vio nacer y lo está viendo crecer.

Cuando una niña, al acabar la escuela, sube al monte y acompaña a las cabras, porque la Cabrera no pastorea a las cabras, sino que las acompaña a donde ellas quieran ir, y regresa y las ordeña, entonces luego estará cansada, y sabrá bien porqué está cansada. Y será indómita, y todo el mundo lo celebrará porque aprende lo mejor de la jara y de la cabra. Y sabrá tantas cosas de sus animales, que no habrá un señorito veterinario que nunca pueda llegar a conocerlas como ella.

A ver, que estos dos ejemplos son muy bucólicos y luego hay que estar allí para saber que los rigores de la vida alcanzan a la adolescencia estés donde estés. Pero lo que





queda dicho es lo que hay allí o había, y no hay hoy para nuestros niños, urbanitas.

Ya el muchacho se encierra en su habitación y, después de memorizar a Felipe Segundo, llega la madre y le dice, espera hijo, que yo te lo explico, y contesta el hijo, no me lo expliques mamá, que es peor: no hay que entenderlo, hay que aprenderse. Y cómo extrañarse de que, una vez conseguida la estúpida memorización en la era de las redes de acceso inmediato a cualquier modo de información en cualquier lugar de la galaxia, no sepa distinguir una noticia falsa, ni se haya aprendido poemas preciosos para recitar a su amor, ni entienda el Quijote, ni lejos esté de poder entenderlo, ni desee ningún tipo de relación con él. Cuenta Rubén Blades el Magno que, cuando le llevó al productor su magistral 'Pedro Navajas', el productor le contestó,

'dónde vas con esto, esta canción no va a pegar. Es demasiado larga'. Y dice luego el cantante poeta de la vida que pensó: 'oye, no es que yo me quiera comparar, pero no sé qué hubieran hecho estos tipos si les hubieran dado a editar El Quijote. Oye, ven acá, Cervantes, chico, este Quijote te ha quedado demasiado largo. La parte de la Dulcinea, esa sí que me la dejas, eso a la gente le gusta, pero quítame al Sancho Panza ese, quién quiere ver ahí a un gordo barrigón. No sé lo que les hubiera quedado, si les hubieran dado a editar el Quijote, les hubiera quedao un pasquín'.

Volviendo al muchacho que quizá nunca quiera volver a saber nada del Quijote, ahora se mete en el videojuego y es cuando siente que empieza a vivir su vida, la que es suya de verdad. Es primavera y hay muchachas y muchachos en el parque y es viernes por la tarde y la vida lo espera, pero él caza cosas en un videojuego del que no se puede despegar. Es un tarao. Ha aprendido a ser un tarao. Y la Gran Farma y los vendedores de videojuegos y los restaurantes de comida basura y los salones de juegos de azar de su barrio y las marcas deportivas y las tecnológicas celebran sus taras, porque se convierten en aumentos grasientos en sus cuentas de resultados.

Cuando la palabra "hablar" significa "escribir un mensaje de texto a otra persona, con o sin emoticonos". Cuando los amigos son personas con las que juego *online* pero jamás conoceré en vivo. Cuando no puedo relacionarme con

la realidad a no ser que la relación venga triangulada por una pantalla. Cuando todo me da miedo, excepto lo que es realmente peligroso. Cuando me tajo sin medida y algunas veces me tajo para hacerme daño. Tú no tienes la culpa, cabrón, déja ya la chingadéra, cabrón. Cuando fumo chiris como quien chupa tocino, y no sé lo que estoy fumando, y lo que estoy fumando, sin saberlo, son unas marías transgénicas que me trastocan la realidad y ya no sé separar lo que es real de lo que está en la pantalla de lo que está en mi cabeza. Y pasan cosas que no están pasando. Y me duele el alma, pero no tengo. Y no sé qué hacer con mi dolor. Cuando no puedo comer nada que sea real, solo pasta, pizza y hamburguesas. Sin salsas raras. Cuando no me muevo. Cuando el porno es la única vía de aprender a amar. Cuando, impepinablemente, aparece la enfermedad mental y no hay forma de tratarla que no sea medicándome. Y crecen, de modo alarmante, los chavales enfermos sin que la psiquiatría ni la sociedad a la que habría de servir, se hagan conscientes o tomen medida alguna. Si no eres feliz, la culpa la tienes tú. Cuando el fracaso escolar se hace un problema menor, porque es sólo un síntoma del fracaso vital. Y este, del fracaso de una sociedad entera. En el fuego cruzado que el mercado mantiene consigo mismo, los chavales pierden y se pierden. Así que, conscientes todas las personas del barrio de la mugre que nos espera a todas al doblar la esquina del centro comercial, la asamblea decide crear una escuela para aprender a vivir, no para aprender a insertarse. Una escuela en la que todo cobre sentido. Una escuela en la que, cada cosa que pase, se convierta en un acontecimiento:

En el año que cumplen **los trece** entran en la escolita. Son *Los Gusarapos* y todo el mundo los mima. Son los consentidos. Los artistas. Son responsabilidad de los de cuarto año, que los toman como propios. Ellos, a su vez, deben cuidar de los más chiquitines, los de la guardería. Son cosa suya. En el primer año se aprende todo lo que tiene que ver con la albañilería. Al principio, se hacen muros para practicar, pero según avanza el curso, se participa en las reformas de las casas del barrio, siempre bajo la instrucción de un buen albañil, claro. En cocina, son los encargados de pelar y cortar las verduras, y de las ensaladas. Se hacen maestros de las salsas. Todas las salsas, se celebran las

salsas nuevas, Salsas de la Tierra. Dos horas diarias se emplean en la Fábrica de Mundos, el lugar de las Artes; en el primer año, se trata de explorarlas todas: todo el mundo tiene que pasar por todas las formas posibles de expresión que se tratan allí, que son todas las que existen. Percusión con el cuerpo. *Body art*. Lágrimas de la montaña. Ecos y

Luego, a **los catorce**, son *Las Lokitas*. Pueden hacer lo que les de la gana, pero al final es un poco estafa, porque después de un mes caótico, se hace una Asamblea muy intensa y se toman las decisiones entre todas y todos para definir lo que va a ser el año. Este año se encargan de las personas con enfermedad mental. Dos tardes a la semana, sus cuidadores profesionales libran y ellxs organizan todo. En el taller, aprenden carpintería. Y jardinería, porque se encargan de los parques y de los jardines y de la huerta. En la Fábrica de Mundos, toca desatar dos pasiones y entregarse a ellas. Puede ser un instrumento musical, una de las artes plásticas, unos versos libres, un estilo histórico o un camino nuevo que alguien encuentre. Hacen *commedia dell'Arte*. Aprenden gallego, vasco, catalán. Aunque solo sea una conversación básica: lo que haga falta para ligar. El euskera es muy popular, por el rock. Y viajan al mar. Practican todas las actividades que se pueden hacer en el mar, y se hacen hermanos de los chavales y chavalas costeras.

A **los quince**, son *Los Cuidados*. Su tarea es la limpieza y la seguridad del barrio. Que no te vean tirar un papel al suelo. Son los que se enteran de todo, los que hablan con todos, los que lo cuidan todo. Especialmente, son los encargados de las personas mayores. Cada día, tocan a la puerta de cada mayor, y se aseguran de que todo está bien, y charlan un rato, y se ríen con ellos. Aprenden mantenimiento: un poquito de fontanería, electricidad, mecánica... Siguen con el inglés, escogen una lengua ibérica, y aprenden un poco de otra lengua, la que vayan a utilizar en un viaje que hacen sin dinero, en pareja, a algún país europeo o del norte de África. En la cocina se encargan de los platos principales. Y sirven la mesa. También se encargan de la Salud, de todas las formas posibles de prevenir la enfermedad y de vigilar que la vida en el barrio es sana. Siguen con sus pasiones artísticas, si se han equivocado, pueden volver a empezar. En teatro preparan un clásico. En verso. Toma ya.

Llegan **los dieciséis**, por fin, y se convierten en *Mayores*. Son los secretarios de todas las Asambleas del barrio. Se encargan de la administración y de la economía de toda la

reverberaciones. *Ikebana*. Ruidos. Cursos muy cortos, de una hora, de todo lo que se le ocurra a cualquiera que pase por allí. Se tocan todos los palos. Se arman todos los signos. Se exploran todas las cuevas. Viven teatros del cuerpo y de los sentidos. Hablan mucho inglés; pero no estudian: hablan. En primavera, viajan a la sierra norte, a la sierra pobre. Pero todo el año se cartean con los chavales de los pueblos de allí. Así, cuando llegan, ya se conocen y la actividad cobra toda la energía.



escuela. Elaboran el presupuesto y lo van ejecutando, con cintura para hacer frente a las necesidades que van apareciendo. Fijan los objetivos y se encargan de controlar todo el gasto de la comunidad. Tienen un ojo en los de primer curso. También se hacen cargo de la Fábrica de Mundos, y siguen persiguiendo allí sus pasiones artísticas. Diseñan los menús atendiendo bien a las necesidades nutricionales, pero también a ensanchar el sentido del gusto. Hacen, juntos, el viaje de Marco Polo. Bueno, todo entero, no, pero tiran hacia el Oriente. Organizan y animan todas las fiestas, los saraos, las jaranas. Aprietan con el inglés y la segunda lengua ibérica. Llevan la catequesis de la parroquia, los grandes juegos vitales, las aventuras que rompen la rutina cada dos por tres. Hacen teatros arriesgados, teatros de calle, teatros en mitad de la vida. Y un poco de cabaret. Y juegos malabares. Todo como los pijos, pero

sin ser pijos, qué más quisieran los pijos: con el brillo cultural de las cosas que son de verdad. Que saben de dónde vienen y no quieren ir a ningún otro sitio.

¿Y los exámenes? ¿Y las asignaturas? Sí, mujer, eso también: una hora y media diaria, además de la lectura del periódico, el dejarse preguntar, la escritura colectiva, las audiciones, las excursiones breves, la vida atenta en las redes... Sobre todo, las asambleas, el lugar donde unas nos educamos a otras. Y los grupos de tarea para cada proyecto. La mitad del tiempo de clases se dedica a que los mayores enseñen a las pequeños. O, mejor, los que saben más, a los que van más justos.

Y hay fiesta. Hay mucha fiesta y buena fiesta. Celebrar el barrio, celebrar la Vida, celebrarle al Otro, tramar las energías colectivas. Suena *Aquarela* de *Toquinho*, pero rasgada por una trompeta rota.

